

escritor austríaco delata una honda afinidad con la mejor literatura alemana de su época: como Kafka, como Perutz, como Musil, como Kracauer, Meyrink nos presenta a un antihéroe desprovisto de pasado, de identidad, de poder, de atributos. Cabe encomiar la traducción de Isabel Hernández que, exacta y elegante, torna especialmente grata la lectura de este clásico de la literatura fantástica.

Miguel VEDDA

STAMM, Peter: *Siete años*. Trad. de José Anibal Campos. Barcelona: Acantilado 2011. 263 pp.

En el mundo de habla hispana, la aparición de una nueva obra del prolífico escritor suizo Peter Stamm (Weinfeld, 1963) no constituye ya ninguna novedad o sorpresa. En los últimos años, en efecto, el corpus de este autor traducido a nuestra lengua ha adquirido un volumen notable de la mano de la casa Acantilado, y va llegando el momento de empezar a sopesar la recepción que están teniendo sus textos tanto en el público general como en la crítica especializada (más allá del obvio interés helvético por promocionarlo comercialmente). ¿Tiene seguidores fieles, o más aun, “fans” devotos, o es solo un nombre más en medio de una literatura europea de un buen nivel promedio, pero que no perdurará sino unas pocas décadas? Pregunta a la que debería preceder otra: ¿hay algo realmente característico y distintivo en la prosa –pues por ahora sus dramas, piezas radiales y publicísticas no circulan en castellano– de este autor? Desde la posguerra, con el célebre binomio Dürrenmatt-Frisch, la literatura suiza no ha conseguido colocar un referente de primera magnitud ni en el mercado ni en la crítica. ¿Es Stamm un buen candidato para ese trono vacante? Cosmopolita, dueño de un idioma alemán por propia voluntad carente de regionalismos (al menos para sus obras de largo aliento), en todo caso es un buen nombre para insertarse internacionalmente sin mayores problemas. Las condiciones parecieran estar dadas.

La novela *Sieben Jahre*, específicamente, fue publicada en 2009, y por ende aún es pronto para decir cómo será recibida a medio plazo, cuando las operaciones comerciales cesen y solo quede el texto desnudo para concitar el interés... Por ahora, hagamos un inventario de sus bienes. En poco menos de 300 páginas, se cuenta la historia de un trío amoroso, formado por un matrimonio congelado, el de los alemanes Sonja y Alexander, profesionales exitosos, que lo tienen todo y por lo tanto están vacíos, y una extranjera, Ivona, de una extranjería poco exótica para el mundo germanoparlante como lo es la polaca, salvo que el relato está atravesado por la caída del Muro. Los temas que presenta son: por un lado, el exceso de confort y bienestar burgués, a lo que se suma la belleza física de la pareja, y por el otro, la condición fatídicamente marginal de los inmigrantes, reforzada si estos además son ilegales, y lo que es peor, feos. Infidelidad, adopción, celos: también hay un poco de eso en dosis discretas. El epígrafe de Le Corbusier anuncia no solo la profesión del matrimonio en cuestión, sino cierta pretendida pauta arquitectónica que atraviesa toda la novela (inevitable evocar a Max Frisch), que trata de decantarse en una ideología arquitectural, por así decirlo, determinada por cierta compulsión al orden, la pulcritud, la armonía visual y espacial. La novela está narrada por el protagonista, Alex, frío y bastante incapacitado para el verdadero amor, según él mismo confiesa, y como se supone que ha de ser el estereotipo de un buen arquitecto, si bien con un dejo melancólico, o culposo, y que al cabo resulta ser un buen padre. Y está dividida en capítulos sin numeración, que a su vez están subdivididos en episodios breves, alternando entre el presente del relato y el pasado de una historia evocada por partes. Muchos diálogos, que aligeran la prosa (por lo demás bastante ligera y precisa). Muchos viajes (pues la historia se enmarca entre Marsella y Berlín, con muchas estaciones intermedias), que le

dan al texto una carta de ciudadanía europea. Algunos (pocos) personajes relativamente memorables, sobre todo las mujeres en la vida de Alexander: la veterana pintora Antje, que opera como Celestina y consultora sentimental; la amante de juventud, la fea y sacrificada Ivona, que finalmente le da una hija; y su esposa, la hermosa e idealista Sonja, frustrada como madre y tenaz como arquitecta, quien piensa que no “sería nada malo que un edificio transformara a sus habitantes en mejores personas” (p. 58). Un muy buen comienzo, de neto corte simbólico: en un *vernissage* donde nadie se interesa gran cosa por las pinturas y todos se miran entre sí en pos de una seducción de carácter casual; y es que la gente a lo largo de este texto cumple un juego social casi por resignación, pero sin cinismo, y al único personaje atormentado, Ivona, lo recordamos y vemos de lejos, mediado por el parco Alex. Alusiones a la cultura popular y general (películas de cine, sucesos políticos), muy del gusto de los editores actuales. Discusiones sobre la lógica capitalista y la sociedad de consumo, que dejaron tan mal parado a los “socialistas”.

Las condiciones para la consagración de Peter Stamm parecieran estar dadas, como decíamos. Pero ésta no será, seguramente, la obra por la que este autor quedará en el recuerdo, pues todo en ella huele a cierta fórmula, empezando por el trillado y convencional planteamiento en contra de las convenciones a través de un personaje utilitario y que a la vez tiene cierta conciencia culposa. La prosa fluye, la narración avanza, los personajes desfilan: todo está demasiado en su lugar en esta novela que pretende ironizar sobre el absurdo que suelen tener los proyectos existenciales de los seres humanos.

Marcelo G. BURELLO

WIELAND, Rayk: *Sugiero que nos besemos*. Trad. de Ariel Magnus. Rosario: Beatriz Viterbo Editora 2013. 189 pp.

Recientemente ha sido traducida al español una sugestiva novela de la literatura alemana contemporánea: *Ich schlage vor, dass wir uns küssen*, de Rayk Wieland (München, 2009). El atributo elegido tiene numerosas razones. La más inmediata es el marco histórico en el que acontece la trama: la República Democrática Alemana (RDA). O, mejor: la sociedad de los alemanes que recuerdan ese Estado. O, más precisamente, la de quienes *no* lo recuerdan: uno de los temas de la novela es el olvido. W., el narrador-personaje, es amnésico. Lo que ha olvidado es el muro. La novela es polémica, entre otras cosas, porque se refiere al muro, “ese muro que se supone que dividía toda la ciudad... dicen ahí, justo ahí estaba, hasta hace poco. Ahora ya no está” (p. 105). Sin júbilo, ni lamentos. Con un humor desfachatado.

El narrador amnésico es un ciudadano de la RDA que ha sido sospechoso y, en consecuencia, espionado por la Stasi. Los documentos con los que cuenta para reconstruir el pasado son los archivos que han quedado tras el espionaje estatal. W. solo los lee motivado por una invitación paradójica: lo convocan a participar en un encuentro de escritores; a él, que nunca ha sido poeta. Que no lo ha sido más que un adolescente cualquiera. Se ve interpelado, en el inicio del relato, como el autor perseguido que no fue. El testimonio de esa identidad en la que no se reconoce consiste en el archivo documental sobre su vida que ha elaborado un espía del servicio de inteligencia de la RDA.

El espía es uno de los numerosos lectores que contiene la novela. Además de él, la investigadora de la RDA que convoca a W., la amada de éste, que lee acontecimientos y cartas. También hay lectores posibles, que constituyen el círculo de los interesados en la obra de W., y que la novela solo señala como lectores potenciales, siempre determinados por la imaginación del que narra y se los inventa. Pero el gran lector, desde luego, es W., cuyo pasado se